

Para *Gustavo*, mi violín.

MELODÍA ACRÍLICA

Era julio y estaba en Bérgamo para visitar una fábrica donde habían instalado sistemas de ahorro energético. Igual los podía vender en España. La crisis había dejado a los promotores en la cuneta, y tenía que sacarme las habichuelas de otro sector porque el inmobiliario estaba caput.

Cuando acabé la visita y la cena con Paolo, el director, decidí dejar la ciudad aunque fuera tarde. Dormiría en Cremona. Quería aprovechar el viaje, hacer turismo y visitar la capital de los mejores violines. Lo había planeado y llevaba el mío para buscar algún lutier que lo pusiera a punto.

Llegué entre las tres o cuatro de la mañana a un tal “Hotel Impero”:

- Por favor ¿tienen una habitación disponible? dije al recepcionista.
- Sí pero no se la puedo entregar. Lo siento. Contestó.
- ¿Por qué? Perdona, acabo de ver en internet que tiene disponibilidad y es tardísimo, vengo de viaje y necesito cualquier habitación con una cama, da igual como sea. Insistí.
- Está bien, pero debe dejarla antes de las nueve de la mañana. Dijo con cara de borde.
- ¿Tan pronto? ¿Por qué? Reclamé
- Lo siento, son las normas. Y calló con ganas de que me fuera.

Extrañada hice el check-in, puse el despertador a las ocho y media y caí como un tronco.

Al día siguiente, cumplidora, estaba desayunando a las nueve cuando apareció un señor mayor muy educado y me dijo:

- Señorita, vengo a pedirle disculpas. Soy el propietario del hotel. Ayer no le trataron correctamente y me gustaría ponerme a su disposición en lo que pueda ayudarla.

Se lo agradecí y deduje que el recepcionista me había confundido con una puta a esas horas. “Me quería echar pronto y sólo he dormido cinco horas por su culpa” pensé. Pero sin darle más vueltas, aproveché la ocasión:

- Muchas gracias. Precisamente igual me puede ayudar. Necesito encontrar un lutier asequible, sé que esta ciudad tiene los mejores, pero no tengo un Stradivarius.. ¿conoce alguno?
- Excelente. Por supuesto que conozco. Este hotel hospeda a los mayores artistas de la música clásica desde hace décadas. Conozco a uno de los mejores, mi amigo *Leónidas Rafaelian*. La llevaré personalmente. Venga conmigo. Dijo el propietario.

Y allí fuimos, en su glamuroso dos caballos granate y blanco, tan brillante, de los años 50, calculé, retocado por dentro a todo lujo. Llegamos a un edificio histórico, con patio cuadrado de arcadas de piedra precioso y una fuente en el centro llena de buganvillas fucsias. Había una puerta minúscula con un cartel “*Luthier Leonidas Rafaelian*”. A los dos minutos un anciano menudo, pelo blanco y ojos azules brillantes, nos abrió y saludó efusivamente a su amigo:

- Leo, te traigo a una amiga que necesita que le revises el violín-
- Muy bien, pasad, pasad.

En la primera habitación había sillas dispuestas en círculo, violines en vitrinas y un violonchelo. En la otra, una mesa de trabajo llena de herramientas, muchísimas piezas de madera sin barnizar colgadas por las paredes, patrones de piezas de instrumentos hechos en papel y fotos de violinistas famosos por todas partes con aquel pequeño genio de obras de arte. No me podía creer donde había llegado por ese recepcionista estúpido. Era

increíble, Leónidas tenía fotos con los mejores directores de orquesta. “Menuda cueva de Alibabá detrás de esa portezuela” pensé.

- Mira Virginia, este violonchelo lo hice para Rostropovich. Y este violín para Venguerov. Hago copias de los Stradivarius y los Guarneri, mira, mira de cerca el barniz que di a su violonchelo. Lo tocó en un concierto en Viena y desde entonces me piden violines de todas las orquestas, también de la sinfónica española. Explicaba Leo.

No podía creerlo, “este anciano artista hace joyas escondido en diez metros cuadrados”, pensé. Hasta que me sacó de la nube y me pidió mi violín. Lo saqué de la funda cuidadosamente, y cuando lo cogió, lo miró y en tres segundos gritó:

- *¡Questo violino é una merda!*

Horror. No sabía dónde meterme. “Claro, el vendedor de Madrid era un sinvergüenza y me dio gato por liebre” pensé, pero no tuve tiempo ni de responder:

- Yo no trabajo con estos violines. Continuó.

Dispuesta a irme, de repente escuché

- Bueno como vienes con Paolo, haré una excepción. Te lo revisaré y le daré una capa de barniz. Ven, sal al patio, dijo.
- Toca, dijo.

“De eso nada. Este genio loco se asustaría si me oye” pensé.

- Mejor tóquelo Ud. por favor. Dije.

Inundó el patio con una melodía alegre entre los rayos del sol y las sombras fucsias. Una sensación preciosa.

- También cambiaré el alma y el puente. Dentro de tres días puedes venir a por él, dijo.

Ahí empezó mi cambio de vida. Ni podía ni imaginar la espiral de novedades que vendrían después.

- ¿Cuánto me va a cobrar por favor? dije.
- Doscientos euros. Normalmente es más, pero haré un trato de amigo. Explicó.

“¡Menudo personaje! Y yo sin trabajo, ni expectativas de vender máquinas de Paolo y aquí soltando billetes en algo que no es necesario. En fin...” pensé.

En cuatro días aparecí en su puerta y estaba histérico. Llegaba un día tarde porque decidí disfrutar de Florencia y el genio pensó que después de su trabajo ya no lo recogería. Cuando se calmó, me explicó que era su cumpleaños y me invitó a comer. Casualmente era el de mi padre también, más o menos de su edad, y nos contamos la vida en verso. Hasta le enseñé mis pinitos en la pintura en un mini ordenador de mi época de yupi inmobiliaria. El anciano loco resultó ser encantador.

- Virginia, estoy preparando con el ayuntamiento de Cremona un memorial por el aniversario de la muerte de mi querido amigo, el gran violonchelista Rostropovich. Hemos encargado una estatua a un artista ucraniano para la ciudad. Haremos una gran recepción, conferencias, conciertos y más cosas. ¿Quieres colaborar? Me gustaría pedirte que pintaras un gran retrato. Por cierto, ¿sabes que la reina de España y él estaban enamorados? dijo
- Jajajaja, ¿enamorada la reina de él? ¡Qué cosas dices! Aunque ahora que lo pienso no se perdía sus conciertos y le adoraba... es verdad, dije.
- En cinco meses tiene que estar todo listo, ¿te animas? Dijo.

Ni me lo pensé. Ni máquinas de ahorro energético, ni constructores fantasmones –pensé-. De repente la crisis se había vuelto maravillosa. Me puse manos a la obra en cuanto volví a casa. Estudié su vida, escuché sus conciertos una y otra vez en DVDs empapándome de cada nota y cada movimiento sutil de sus dedos. Sus charlas, su expresión, sus amigos. Descubrí que había acogido al escritor Solzhenitsyn cuando le echaron de Rusia y me lancé a los pinceles. Hice tres obras de gran formato: su retrato, que más adelante compró la Fundación Rostropóvich.

Otro con Solzhenitsyn y una composición de su cara con la Reina Sofía con música entre ellos. Sin comerlo ni beberlo de repente, estaba viviendo de la pintura. Para mi sorpresa me incluyó en el libro del memorial, que envié a todas las orquestas que conocía e incluso a la Casa Real Española. Aun me cuesta creerlo a mí misma. Tengo que volver al Hotel Impero a contárselo al recepcionista, si sigue allí, que lo dudo .

